

Dominique de Courcelles

*Escribir la historia, escribir historias
en el mundo hispánico*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

398 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 9)

ISBN 978-607-02-0661-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de mayo de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/
/escribirhistoria/hispanico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribirhistoria/hispanico.html)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

Conclusión

Al terminar este estudio en que me dediqué a confrontar diferentes series de textos, buscando privilegiar las características más originales y más notables, aparece claramente que en el mundo hispánico — el cual fue primeramente la *Hispania* romana y cristiana, más tarde los reinos cristianos de la Marca Hispánica resistiendo al reino de Granada, poco a poco reunidos, y finalmente las Españas triunfadoras en sus múltiples reinos — la escritura de la historia no dejó de ser objeto (tema) de una profunda reflexión y una práctica constantes. Muy temprano los hombres de la península ibérica, seducidos por las grandezas griegas y romanas de cuya participación — conteniendo las invasiones sucesivas de los pueblos germánicos — se enorgullecían, midieron la importancia de la articulación de las causas, de los acontecimientos y de sus consecuencias, es decir el valor de la escritura de la historia, para afirmar su propia identidad. La problemática de la imagen y de lo visual, que forma parte también de la representación de la historia, de las “historias”, la incluyeron en la del recuerdo. “Escribir la historia” consistió en escribir “historias”, incluso a partir del redescubrimiento de la filología y del progreso de la expresión de la subjetividad, la “historia de sí mismo”. La búsqueda de la verdad — ¿cuál verdad? — no dejó de obsesionar a los historiadores. Entre el magnífico *Laus spaniae* de Isidoro de Sevilla, de principios del siglo VII, y la conmovedora exaltación de la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena a principios del siglo XVII, España — las Españas — se impuso como objeto historiográfico. Ahora bien, España sufrió múltiples variaciones — incansablemente recorrida, ora conquistada, ora conquistadora — antes de afirmarse como potencia soberana e imperial en Europa y en el Nuevo Mundo. Entre Isidoro de Sevilla y la época barroca, una tensión creció entre el horizonte de una espera escatológica y el campo de la experiencia.

Desde la Edad Media, los literatos cristianos de la península, orgullosos de su latinidad, inventaron un régimen de historicidad en el que el pasado quedó imbricado en el presente y viceversa. Les parecía que cualquier lectura optimista de los acontecimientos permitía preparar el futuro. Es así que justificaron las guerras de la Reconquista, emprendidas por los diferentes reyes cristianos contra los moros, la

expulsión de los judíos, la condena de los herejes e igualmente la lucha sin piedad que preparó la reunificación de la península ibérica hasta que casaron los infantes de Castilla y de Aragón, los futuros Reyes Católicos. Así la historia de España parece asimilarse a la historia universal de un mundo creado por Dios y debe contribuir, de manera magistral, al triunfo final del cristianismo según una perspectiva escatológica. El acontecimiento dramático, increíble, de la toma de Constantinopla, en el umbral de la modernidad, muestra que tal vez sería conveniente considerar un nuevo orden del tiempo, tomando lo irreparable y lo irreversible; la ficción de la novela catalana *Tirant lo Blanc* da la posibilidad de decir lo indecible. Mas la historia es también un instrumento de los poderes. Muy temprano, los reyes, al igual que sus cronistas, creyeron en la facultad de la historiografía para ampliar, corregir y criticar la memoria humana; la búsqueda de la verdad resulta ser muy ambigua. La historia tiende a escribir en lengua vernácula porque es la lengua de los súbditos de los reyes. Lo que se puede llamar una ideología hispánica de la historia acostumbró a los españoles a la confrontación con los demás, a la adaptación y a la comprensión de las diferencias. La conciencia lineal de la historia de los españoles, sumada tanto a su lucidez crítica como a su genio estratégico, les permitió así conquistar el Nuevo Mundo y vencer la conciencia cíclica del tiempo de los aztecas.

Por no disponer de ningún modelo de la antigüedad clásica para tratar la historia de las tierras descubiertas recientemente, los españoles son de los primeros en Europa en descubrir y reivindicar el valor de la observación y de la experiencia tan preconizado por los historiadores de la antigüedad griega y romana. Hay ahí un poderoso desafío intelectual. Parece entonces que el pensamiento teológico —como el de Las Casas o el de Vitoria— en contra del pensamiento de un filósofo como Ginés de Sepúlveda es el único capaz de valorar con verdad el acontecimiento histórico del descubrimiento y de la conquista de los hombres, de convocar al derecho y dirigir el debate político, moral y jurídico, así como de elaborar a final de cuentas una nueva idea de la historia de España y también de los derechos de los hombres y de las naciones. El problema es saber cómo asumir la irreversibilidad del tiempo. La soberanía española es irrefutable y conviene con interrogarse constantemente sobre la manera de escribir la historia. Apegados al régimen temporal de la historia de la salvación, y convencidos de que la relación con el pasado glorioso de la antigüedad nos llega a través del ejemplo y la imitación, los humanistas del siglo XVI quisieron que el presente estuviera a la altura de ese pasado.

Así nace el proyecto de una historia total, acompañada por la apertura hacia nuevas fuentes y por la progresión de nuevos métodos de

investigación que se convierten en auxiliares de la historia. La verdad basada en la autoridad se sustituye con la verdad basada en lo verificado, en la experiencia. Aristóteles no había previsto el descubrimiento del Nuevo Mundo. La pluralidad de los testimonios y su concordancia o discordancia es lo que importa a partir de ese momento. En *Silva de varia lección* del sevillano Pedro Mexía, cosmógrafo de Sevilla, publicada a partir de 1540, varias veces reeditada y traducida a todas las lenguas europeas, el género histórico se distingue netamente de la ficción y se trata de confrontar las historias como otras tantas explicaciones del mundo. Por su imposición, las historias requieren el sentir del lector y deben favorecer un justo ejercicio del poder, si el lector es el rey de España, o un discurso razonable en el espacio público, si el lector es su súbdito. Se propone un saber y un lenguaje comunes en lengua castellana a todos los hombres del imperio. Obviamente el historiador juega un rol esencial, es el guardián y el organizador de lo múltiple ya que cualquier verdad es del orden de lo creíble y de lo probable.

Parece entonces necesario que, en ese contexto paradójico de afirmación del poder monárquico y del progreso de la crítica de las historias, se escriba un gran número de historias heterogéneas y en particular la historia de sí mismo, revelada en la temporalidad a la vez singular y paradigmática que es la de toda criatura, de todo hombre pecador, desde su nacimiento hasta su muerte. De la misma manera que la historia de España pertenece a una historia santa que la trasciende en el espacio y en el tiempo, de la misma manera que la historia española del “yo” pretende inscribirse en la historia de la salvación, mas ese “yo” está inscrito en un presente del cual puede recibir la luz que es el tiempo de la memoria y de la deuda, de la incertidumbre y de la simulación, el caso de Constantino Ponce de la Fuente es ejemplar pues precede el desarrollo del género autobiográfico propiamente dicho.

El encuentro con las poblaciones amerindias tuvo una inmensa importancia para el conjunto de la historiografía europea. En el mundo hispánico, las historias escritas por personajes tan diferentes como un conquistador compañero de Cortés, un sabio franciscano y un noble criollo humanista expresan la misma exigencia de la verdad, pero según declinaciones extremadamente diversas. El conquistador Bernal Díaz del Castillo, a principios del siglo XVI, y el noble criollo Antonio de Saavedra y Guzmán a fines del mismo siglo encuentran para su escritura de la historia, el primero en prosa y el segundo en verso y recurriendo al mito, una recepción posible en la España imperial en la medida que atestiguan su apego fundamental a la gloria de la monarquía española e inscriben su propia historia en la cronología de la historia de España. En cambio, para el franciscano Bernardino de Sahagún, lo anterior a la conquista

es pensado como objeto de estudio en sí, lo que no podrían admitir las autoridades de la España imperial para quienes sólo esta última puede ser objeto de historia; se articulan tiempo lineal y tiempo cíclico.

¿Cómo, en la misma época, esa España imperial, cuya miseria es una de la mayores realidades ligada a una crisis económica y social sin precedente, podría aceptar, en la representación que se da a sí misma de ella misma, la historia de sus marginales y de sus excluidos, la historia de sus pobres que, sin embargo, constituyen una parte importante de su población? Si los economistas, los políticos y los teólogos osan escribir sabias recomendaciones sobre la pobreza y la *declinación* del país, es la novela “picaresca” la que, por el bies de la narración biográfica de un héroe miserable, el *pícaro*, se atreve a presentar una situación que, sin ella, escaparía a la historia de España. Así la ficción picaresca, durante la época de la decadencia y de la catástrofe, se vuelve consustancial a la historia; utilizar cierto lenguaje sobre lo que será un pasado caduco para siempre, permite a la sociedad española situarse en una nueva posibilidad de existencia y de historia; puede ser llamada el *pharmakos* de España.

Con la creación y el desarrollo del oficio de cronista oficial del rey, a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII, se instauró una epistemología de la historia, entendida como una interrogación sobre los conceptos y las nociones que utiliza el historiador. La historia se profesionalizó y su espacio teórico era el de la verdad, del juicio crítico y de un método crítico de las fuentes, contra las falsas crónicas que florecieron en esos tiempos. La cronología y la geografía eran entonces los dos grandes y nuevos criterios de la verdad del relato histórico. El saber histórico, más que nunca, se puso al servicio de una política universal y universalista en la cual España fue el centro del mundo, el centro de la historia. En la verdad de los relatos históricos, todos los súbditos del imperio deben encontrar lecciones de conducta política y moral. Los grandes teóricos de la historia eran, ante todo, humanistas, mas ninguno de ellos era, en esa época, de origen novohispano. El tratadista Juan Páez de Castro, en la mitad del siglo XVI, no se limitó a ser el autor de un método de escritura de la historia, entendió también la gran importancia de las bibliotecas y, particularmente, de una biblioteca real, la Biblioteca de El Escorial. La historia de la grandeza de España se elaboró más que nunca a partir de un saber universal. Un siglo más tarde el bibliógrafo Nicolás Antonio, con su *Bibliotheca hispana*, ofreció al monarca una obra donde estaban reunidos todos los autores del mundo hispánico y que pretende ser un lugar privilegiado de proyección de los sueños y de los ideales hispánicos de inmortalidad y de gloria en el momento mismo cuando la dominación del mundo escapaba a los españoles.

La última etapa de nuestro estudio, la historia barroca de las fiestas de la canonización de san Juan de la Cruz, en la ciudad de México de principios del siglo XVIII, nos pareció establecer una suerte de resurgimiento de los motivos que obsesionaron, desde el fin de la antigüedad, a los historiadores de España. Gracias a esa escritura criolla de la historia, una conciencia colectiva, que es la de la ciudad de México, capital de Nueva España, encontró su forma de expresión y se afirmó representando lo que es verdaderamente la comedia de su riqueza y de su poder. Ahí los historiadores tuvieron la capacidad de pensar la discontinuidad al mismo tiempo que se adhirieron a la línea de los historiadores y de las historias de los tiempos pasados y también supieron inferir las implicaciones de la reflexión historiadora y teóloga de los siglos XVI y XVII en España. En las reminiscencias del antiguo mundo, Nueva España volvió a encontrar un pasado que llevó también en sí misma, cuyas huellas conservó su lengua española y que se empeñó en exhibir a la madre España en un gesto ambiguo mezclado de amor y de resentimiento. En filigrana apareció lo que quería ser en el futuro, el cumplimiento y la perfección del mundo antiguo, medieval, contemporáneo, la memoria por excelencia de la historia del mundo y de la historia del mundo hispánico. En su orgullo barroco, pretendió suspender el tiempo, o más bien inscribir el futuro de su perfección en el presente. Mas España, devastada por sus crisis, dudando de su propia identidad, asumió con dificultad su gloria imperial. En 1821, cuando Nueva España se separó definitivamente de España, fue también para cumplir con su historia mexicana, su grandeza mexicana, y remitir España a su historia peninsular. La escritura de la historia, como continuación crítica de la memoria, está fundamentalmente ligada al ejercicio de la meditación sobre la muerte y el nacimiento de los imperios, las ideologías y los hombres y sobre este intervalo entre nacimiento y muerte, esa crisis del tiempo en que precisamente Heidegger construyó su idea de la historicidad.

Escribir la historia, escribir historias en el mundo hispánico nunca volverá a tener las mismas miras. Comienzan otras historias, vueltas hacia el futuro.

